

Pero otro rasgo principal de la influencia de los bancos de peniques por lo que respecta á la educación de los hábitos de prudencia entre el pueblo, es la circunstancia de que el ejemplo de muchachos y muchachas que depositan los peniques que han economizado cada semana, tiene á menudo el efecto de arrastrar tras sí á sus padres. Un muchacho sigue algunas semanas pagando sus peniques, y lleva á su casa su libreta. La libreta enseña que en el banco hay una "foja en el libro mayor que le está consagrada expresamente — que sus peniques están anotados debidamente, junto con las fechas respectivas de su depósito — que estos ahorros no están ociosos, sino que producen un interés de dos y medio por ciento al año — y que puede recuperarlos en cualquier tiempo, — si es menos de veinte chelines, sin dar aviso previo, y si son más de veinte chelines, después de haber avisado con una semana de anticipación.

La libreta es en sí misma una historia, y no puede dejar de ser interesante para los hermanos y hermanas del muchacho, así como para sus padres. Estos le llaman "un buen muchacho," y ven que se conduce bien. El padre, si es un hombre sensato, y que reflexiona, llegará á comprender que, si su hijo puede hacer una cosa tan recomendable y digna de elogio, también podrá hacerla él. De acuerdo con esto, el siguiente sábado por la tarde, cuando el muchacho vá a depositar sus tres peniques en el banco de peniques, envía el padre á veces su chelín.

De esa manera se hace á menudo un buen principio, y comienza un hábito, el cual, si en él persevera, ejerce muy luego saludable influencia sobre toda la condición doméstica de la familia. La observadora madre no tarda en percibir los efectos de esta nueva costumbre sobre la felicidad del hogar, y en el transcurso del tiempo, conforme crecen los hijos menores y ganan dinero, los estimula para que sigan el ejemplo del mayor. Ella misma los lleva de la mano, los conduce al banco de peniques, y los habitúa á colocar allí sus ahorros. Las mujeres tienen en estos asuntos más influencia que los

hombres, y donde la ejercen, son mucho más duraderos sus benéficos efectos.

Una tarde se presentó en el Banco de Ahorros de Bradford un mecánico robusto y musculoso, vestido con su traje de trabajo, llevando consigo tres criaturas, una de ellas en sus brazos. Colocó sobre el mostrador sus libretas de depósito, que su mujer había tenido anteriormente la costumbre de presentar, acompañadas de diez chelines, para ser repartidos por iguales partes á los tres. Estrechando contra su pecho al chico que tenía en sus brazos, dijo el individuo: "¡Pobrecillos! ¡han perdido á su madre desde la última vez que estuvieron aquí, pero yo tengo que hacer todo lo que pueda por ellos!" Y llevó adelante el buen ejemplo para sus hijos que su mujer había principiado, llevándolos consigo siempre para que viesan colocar sus pequeños depósitos.

Hay un antiguo proverbio inglés que dice: "Aquel que quiera prosperar tiene que consultar primero á su mujer," pero la mujer no debe únicamente dejar prosperar á su marido, sino que tiene que ayudarle, porque de otro modo no sería la "ayuda idónea" que es tan necesaria para la comodidad y satisfacción domésticas del operario, como de cualquiera otro individuo que tiene la responsabilidad de una familia. Las mujeres forman la atmósfera moral en que crecemos cuando niños, y tienen muchísimo que hacer en la vida que llevamos cuando llegamos á ser hombres. Es cierto que los hombres manejan las riendas; pero generalmente es la mujer quien les dice de qué lado han de ir. Lo que dijo Rousseau se aproxima mucho á la verdad: "Siempre serán los hombres aquello que las mujeres hagan de ellos."

No hace mucho que Mr. Sikes encontró en un coche de segunda clase á un obrero bien vestido, que viajaba desde Sheffield á Glasgow, en los días de fiesta, para ver á su madre. "Me causa placer, dijo Mr. Sikes, encontrar á un obrero viajando una distancia tan grande, por semejante motivo. "Sí, — dijo el individuo, — y yo tengo placer en decir que me lo puedo proporcionar. — ¿Hay muchos de los operarios

ocupados en su fábrica que ahorran dinero? preguntó Mr. Sikes. "No, contestó el otro, sólo unos dos de cada cien. El dinero sobrante de los demás se va, no á los bancos de ahorros, sino á las tabernas. — ¿Y cuándo principió usted á ahorrar? — Cuando era pequeño así, dijo indicando la estatura de un muchachito, — el primer dinero que ahorré fué en un Banco de Peniques, y desde entonces he continuado ahorrando."

Siendo tal la influencia de la costumbre y del ejemplo tempranos, tenemos placer en saber que ahora se enseña economía en las escuelas públicas. El reverendo Crallan, del Asilo del condado de Sussex, hace mucho tiempo que da lecciones de ahorro á los niños y niñas pobres. Recomienda con insistencia el establecimiento de Bancos de Peniques en combinación con los Bancos de Ahorros en todas las escuelas elementales. Sostiene sabiamente que lecciones sencillas sobre el dinero, su naturaleza, su valor, y sus usos, junto con los varios deberes de dar, gastar, y ahorrar, tendrían una inmensa influencia sobre la generación que se educa en este momento.

La práctica de enseñar á los niños hábitos previsores ha sido adoptada hará unos ocho años en las escuelas nacionales de Bélgica. El Consejo Escolar de Gante está convencido de la influencia favorable que el ahorro ejerce sobre el bienestar moral y material de las clases trabajadoras, y cree que el mejor medio para hacer que penetre en sus hábitos el espíritu de economía, es enseñarlos á los niños, y hacer que los practiquen.

— Siempre es muy difícil enseñar algo nuevo á los adultos, — y especialmente lecciones de ahorro á aquellos que son pródigos. Su método de vida está ya fijado. Existen en ellos hábitos tradicionales é inveterados de gastar. Para los hombres, son las casas de bebidas, para las mujeres son los vestidos. Gastan lo que ganan, y no piensan en mañana. Cuando se ven reducidos á un estado de escasez, no experimentan vergüenza en mendigar; porque el sentimiento de la dignidad humana aun no ha sido suficientemente desarrollado en ellos.

Con los niños es muy diferente. No tienen hábitos inveterados de que desprenderse. Obrarán, en su mayor parte, conforme con lo que se les enseñe. Y se les puede enseñar economía, lo mismo que se les enseña aritmética. Por lo menos, podrán ser inspirados por un maestro hábil para los hábitos de economía y de ahorro. Todo niño tiene á veces algunos peniques. El maestro puede inducirlos á que los guarden para algún buen fin. En Gante, se ha establecido un Banco de Ahorros en cada escuela, y los niños depositan allí sus peniques. Están establecidos tanto en las escuelas retribuidas como en las escuelas gratuitas; porque los hábitos de ahorro son tan útiles á los hombres y á las mujeres de las clases pudientes, como á las de las clases pobres. Han sido eminentemente satisfactorios los resultados de las lecciones de economía (1). Los niños que pertenecen á las escuelas de Gante han acumulado diez y ocho mil libras esterlinas, que están depositadas en los Bancos de Ahorros del Estado al tres por ciento de interés. Este sistema se está extendiendo en Holanda, Francia é Italia. También ha sido adoptado en nuestro país, hasta cierto punto. Algunos modelos de Bancos de Escuelas muestran Glasgow, Liverpool, Birmingham, Great Ilford y el Asilo de Huérfanos de Londres; y confiamos que dentro de poco tiempo serán establecidos en todas las escuelas del reino.

De lo dicho aparece que la práctica de la economía depende muchísimo de las facilidades que se den para poder depositar

(1) Un folleto publicado en Gante dice de las escuelas retribuidas: "El espíritu de economía es introducido allí bajo la forma de caridad. Las niñas compran con su dinero de bolsillo, primeramente materiales, digamos algodón ó hilo, de los cuales hacen después artículos de vestido durante las horas destinadas á la labor manual; después son distribuidas las camisas, las medias, los vestidos, los pañuelos ó delantales á las niñas pobres de las escuelas gratuitas. La distribución se hace objeto de un pequeño día de fiesta: nada conocemos que sea tan conmovedor. Los niños pobres son reunidos en Collier; van allí también nuestras jóvenes señoritas; una de ellas dirige algunas palabras sentidas á sus hermanas de las clases pobres, y contesta una de las niñas de las escuelas gratuitas. Entonces se distribuyen las cosas bonitas que se han hecho durante el último año. Son las mismas donantes las que presentan los frutos de sus labores á las más pobres de entre las pobres. La distribución está acompañada con cantos. ¿Necesitamos insistir sobre los beneficios de esta benéfica economía?"

pequeñas sumas de dinero. Que se haga lugar á un Banco de Ahorros conveniente, y los depósitos afluirán á él gradualmente. Que se establezca un Banco militar, y los soldados rasos se esforzarán por economizar algo de su prest. Que se abran Bancos de Peniques, y multitudes de imponentes se presentarán inmediatamente: hasta los muchachos de las escuelas de pobres están en condición de poner en ellos considerables sumas de dinero. Lo mismo sucede con los Bancos de Escuelas, como lo hemos visto en el ejemplo de los niños de las escuelas de Gante.

Hace unos quince años que este país estaba suficientemente provisto con Bancos de Ahorros para el pueblo. Había entonces muchas ciudades y grandes aldeas completamente desprovistas de ellos. El condado de Lanca sólo tenía treinta Bancos de Ahorros para más de dos millones de habitantes. El distrito oriental del condado de York sólo contaba con cuatro Bancos de Ahorros. Había quince condados en el Reino Unido que no tenían ni un solo Banco de Ahorros. No había más que unos seiscientos Bancos de Ahorros para unos treinta millones de individuos. Estos se abrían solamente dos ó tres horas cada semana; algunos sólo eran abiertos durante cuatro horas al mes. El operario que tenía dinero que depositar, tenía que llevar en su bolsillo los chelines economizados por algún tiempo, mientras llegaba el momento de entregarlos; y en el ínterin podía estar expuesto á las constantes tentaciones de gastarlos. Para tener seguros sus chelines, tenía que haber adquirido el *hábito* de ahorrar, que es el objetivo de los Bancos de Ahorros, es decir, educar esa costumbre y fortalecerla.

En el libro publicado en 1860 por el doctor Guthrie sobre las Escuelas de pobres, decía: “¿Cómo está colocada vuestra juventud fabril y operaria? Está rodeada de tabernas y despachos de bebidas con innumerables tentaciones; mientras que á muchos de ellos ni aun de nombre les son conocidos los Bancos de Ahorros. La disipación tiene extendidas sus redes á través de todas las calles. En muchos de nuestros pueblos, tiene la sobriedad que correr baquetas de media docena de despachos de

bebidas en el espacio que alcanza una flecha arrojada del arco. Estos están á mano — abiertos de día é iluminados brillantemente por la noche, tanto el sábado como el domingo. La embriaguez encuentra goce inmediato, mientras que la economía tiene quizás que viajar una milla para llegar á sus Bancos de Ahorros, y este abre su puerta al ahorro tan sólo una ó dos veces por semana (1).”

Muchas gestiones se han hecho por los amigos de las clases pobres, para saber si sería posible establecer un sistema más lato de Bancos de Ahorros en todo el país. Ya en 1807 presentó Mr. Whitbread un proyecto al Parlamento con el fin de facilitar los medios para que los pequeños depósitos fueran hechos en una oficina que debía establecerse en Londres; debiendo remitirse el dinero por los administradores de Correos de los distritos en que se hicieran los depósitos. El proyecto tenía además el objetivo del establecimiento de una Sociedad Nacional de Seguros, por cuyo medio pudieran los operarios efectuar seguros hasta un límite que no excediera de doscientas libras esterlinas. El proyecto de Mr. Whitbread fué rechazado, sus gestiones fueron inútiles.

Habiendo dado gran vitalidad al sistema de Correos los esfuerzos de sir Rowland Hill, y extendida su utilidad como institución pública en todos sentidos, se indicó en seguida que las oficinas de giros de dinero (que fueron establecidas en 1838) podrían ser destinadas á depositar y á trasladar el dinero. El profesor Hancock publicó un folleto sobre esa materia en 1852. En noviembre de 1856 sugirió á las autoridades de la Administración de Correos, el eminente abogado Mr. Juan Bullar (cuya atención había sido dirigida hacia ese asunto por la marcha del Banco de Peniques de Putney) el empleo de las oficinas de giros de dinero como un medio de extender el sistema de los Bancos de Ahorros; pero en esos momentos no encontró aprobación en sus gestiones, y nada produjeron. Iguales indicaciones fueron hechas por otros caballeros — por Mr. Hume,

(1) Siembra y cosecha de las Escuelas de pobres, ó Tercer Alegato, con nuevas ediciones del primero y segundo, pág. 99.

por Mr. Corquodale, por el capitán Strong, por Mr. Ray Smee, y varios otros.

Pero cuando Mr. Sikes, de Huddersfield, tomó la dirección del asunto, estas diversas gestiones se condensaron en hechos. Las sugerencias siempre son útiles. Despiertan la reflexión. Las más valiosas nunca se pierden, sino que al fin se elevan por sí mismas en hechos. La mayor parte de los inventos son resultado de sugerencias originarias. Alguien trata de aplicar la idea. Los fracasos acontecen primero, pero con mayores conocimientos, mayor experiencia y mayor determinación, alcanza un éxito final.

Los Bancos de Ahorros de la Casa de Correos deben su éxito, en primer lugar, á las numerosas gestiones hechas por Mr. Whitbread y otros; después á sir Rowland Hill, quien al establecer las Sucursales de Correos para la transmisión de dinero, hizo práctica la primera sugerencia; en seguida á Mr. Sikes, quien se apoderó de la cuestión en 1850, la empujó, perseveró en ella, y la presentó á la atención de varios Ministros de Hacienda; y últimamente á Mr. Gladstone, quien habiendo previsto claramente los inmensos beneficios de los Bancos de Ahorros de la Casa de Correos, presentó un proyecto y lo hizo aprobar por el Parlamento en 1861.

El Departamento de giros de la Casa de Correos había sugerido á Mr. Silkes, como lo había hecho ya á otros observadores, que existía una organización para hacer prácticamente posibles en todo el Reino Unido los Bancos de Ahorros del Correo. Donde quiera que el inspector local veía que se pedían por lo menos cinco giros de dinero por semana, era práctico crear una sucursal del Correo, una oficina de giros. Se consideró que esas oficinas se establecían en un promedio de tres millas de la casa de cada operario del reino. Las oficinas estaban abiertas diariamente. Recibían dinero de todos los que se presentaban, y daban recibos por las cantidades transmitidas por ellas. Retenían el dinero hasta que era sacado, y lo pagaban á la presentación del correspondiente documento justificativo. El Correo era en realidad un banco para la transmisión del di-

nero, guardándolo por periodos de veinte y cuatro horas y hasta durante semanas y meses enteros. Dándole la facilidad de poder recibir más dinero de mayor número de imponentes, y aumentando el tiempo de conservarlo, concediendo el interés usual, se convertía para todos los fines y propósitos en un banco nacional de depósitos.

Los resultados del Acta de los Bancos de Ahorros del Correo han sido los más satisfactorios. Las oficinas de giros de dinero tomaron gran incremento. Ahora hay cerca de cuatro mil; por consiguiente, han sido casi duplicadas las facilidades para ahorrar desde que los bancos quedaron establecidos. El número de ellos en el distrito de Londres es de cuatrocientas sesenta, de modo que en cualquier punto de las partes más pobladas de la metrópoli, puede encontrarse un banco de ahorros á la distancia de pocos centenares de varas. El número de imposiciones á fines del año de 1873 ascendía á más de veinte y un millones de libras esterlinas (1). En la misma época casi no había sufrido alteración la cantidad depositada en los antiguos Bancos de Ahorros.

Los Bancos de Ahorros del Correo poseen varias ventajas que debieran ser generalmente conocidas. Los bancos están muy extendidos, y se hallan abiertos desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde, y los sábados hasta las nueve de la noche. Los imponentes pueden hacer un depósito de un chelín, ó de cualquier número de chelines, con tal de que no se depositen más de treinta libras esterlinas en un año. Los empleados del Correo dan la libreta en que se asientan las cantidades ingresadas. La libreta contiene también el reglamento del Banco de Ahorros del Correo. El interés que se da es de dos libras y diez chelines por ciento al año.

Otro punto importantísimo es la seguridad. El Gobierno es responsable por toda cantidad depositada; de modo que el dinero depositado en el Banco de Ahorros del Correo está tan seguro como si estuviese en el Banco de Inglaterra. El dinero

(1) Á fines de 1874 ascendió á £ 23,157,469.

depositado puede ser trasladado también de un lugar á otro, sin costo alguno, y puede ser fácilmente pagado al imponente cuando lo pida, cualquiera que haya sido el punto donde fué depositado primeramente. Todo lo que se hace, es con absoluto secreto entre el depositante y el administrador de Correos, á quien está prohibido revelar el nombre del imponente.

Hemos aludido frecuentemente á Mr. Carlos Guillermo Sikes con referencia á los bancos de peniques y á los bancos de ahorros del Correo. Su nombre tendrá que conservar un lugar distinguido con respecto de esas valiosas instituciones. Es hijo de un banquero particular de Huddersfield. Cuando estaba en la escuela se le hizo un presente, como premio, de un ejemplar de los ensayos y cartas del doctor Franklin. Leyó el libro con avidez. Implantó en su espíritu los gérmenes de muchos pensamientos útiles, y ejerció una influencia poderosa en dar un carácter práctico á su vida. Huddersfield es un pueblo manufacturero y activo. Aunque los operarios eran bien retribuidos por su trabajo, había muchas alternativas en sus negocios. Cuando el tráfico aflojaba, y que habían gastado todo lo que tenían ganado, existía un gran número de ellos que tenían la costumbre de apelar á la caridad en las calles ó en los caminos. El joven Sikes quedaba pensando si esta gente habría oído hablar alguna vez del doctor Franklin, y de su método de evitar la mendicidad ó malos tiempos por medio del ahorro de su dinero cuando el tráfico era abundante y que estaban bien.

Á principios de 1833 entró Mr. Sikes al servicio de la Compañía Bancaria de Huddersfield. Era el segundo banco por acciones que se había establecido en Inglaterra. La prudencia y el éxito con que las compañías bancarias escocesas habían sido conducidas indujeron á los directores á escoger á un gerente escocés. Una de las primeras resoluciones que adoptaron los directores, fué la de dar recibos de depósitos por sumas de diez libras esterlinas y más, con el propósito de estimular á las clases obreras hacia los hábitos de previsión y ahorro. Siendo Mr. Sikes muy amigo del Gerente, oyó á menudo de

sus labios los más interesantes relatos sobre los hábitos previsores de los aldeanos escoceses, y fué informado por él que uno de los bancos de Pesth, pagaba unas veinte mil libras esterlinas al año por intereses de depósitos que variaban de diez á doscientas libras esterlinas cada uno.

En 1833 fué nombrado Sikes para desempeñar uno de los cargos de cajero de la Compañía. Esto le puso en contacto directo con la misma clase que, por la dirección que su espíritu iba tomando, tanto deseaba comprender, á saber, la parte ahorradora de las clases industriales. Un número considerable de ellas tenían depositadas sumas á interés. Conforme transcurrían los años, presenciaba á menudo Mr. Sikes que el imponente comenzaba con diez ó veinte libras esterlinas, en seguida le hacía adiciones permanentes á su pequeño capital, hasta que al fin llegaba á subir la cantidad á ciento, doscientas, y en algunos casos hasta trescientas libras esterlinas. M. Sikes pensaba á menudo en el maravilloso mejoramiento que se efectuaría en la condición de las clases trabajadoras, si cada uno de ellos se sintiera influido por la misma frugalidad y previsión, que inducían á estos operarios excepcionales á depositar sus ahorros en su banco.

Por esa época estaban los negocios en un estado deplorable. Los tejedores de telares de mano se hallaban todos casi sin ocupación. La privación y el sufrimiento prevalecían por todas partes, y eran á menudo soportados con silencioso y noble heroísmo. Varios remedios fueron propuestos para los males existentes. El socialismo, el cartismo, y el comercio libre, eran los favoritos. Abundaban las teorías de carácter más estraño ó impracticable, y con todo, aun en esos días sombríos había casos de hombres que hasta cierto punto habían conseguido que el futuro dominara sobre el presente, porque tenían el recurso de su reserva en sus fondos públicos ó en los bancos de ahorros para poder resistir hasta mejores tiempos. Creyendo en los benéficos resultados del comercio libre, estaba igualmente convencido el señor Sikes que la prosperidad nacional, lo mismo que la adversidad nacional, podrían ser acompaña-

das de grandes males, á no ser que las masas estuvieran dotadas de hábitos de previsión y economía, y preparadas por una educación previa para *el buen tiempo venidero* tan elocuentemente profetizado por los oradores de la Liga.

Muchas discusiones con los operarios en sus paseos de la tarde al regresar á su casa, convencieron á Mr. Sikes que existían problemas sociales con los cuales sería impotente para luchar la legislación, y de éstos era uno la prodigalidad de las masas del pueblo. Un patrón que ocupaba quinientos tejedores de telares á mano, dijo al señor Sikes que en una época anterior de prosperidad, cuando abundaba el trabajo y los salarios eran elevadísimos, no habría podido, aunque lo hubiese solicitado de rodillas, haber inducido á sus obreros á que guardasen un solo penique, ó que reservasen algo para los *días nublados*. El tráfico de chalecos de fantasía tuvo uniformemente sus cursos de alternativo desarrollo y de abatimiento; pero la experiencia, por severa que sea en sus lecciones, no pudo enseñar cosa alguna á los que no querían aprender. En esa época fué cuando el señor Sikes estaba leyendo los "Anales de la creación" del difunto Arzobispo Sumner, y se encontró con el siguiente pasaje: "El único secreto verdadero para ayudar á los pobres, es hacerlos agentes para mejorar su propia condición."

Sencillas como son estas palabras, arrojaron viva luz en el espíritu de Mr. Sikes, y fueron la nota fundamental y la piedra de toque á que conformó los diversos aspectos del asunto y teorías con que había tropezado previamente. Distribuciones y caridades, aunque fundadas frecuentemente sobre los móviles más benévolos, eran muy á menudo perjudiciales para aquellos que las recibían. Por otra parte, si la confianza propia y la ayuda propia, columnas de la verdadera majestad en el hombre, se pudieran hacer rasgos característicos de las clases trabajadoras, generalmente, nada podría retardar su progreso de frente y ascendente. Mr. Sikes observó que mientras las clases trabajadoras no tuvieran más del poder del dinero en sus manos, seguirían estando siempre periódicamente en la

pobreza y en la miseria. Veía que si tan sólo pudieran ser adoptados por ellos generalmente los hábitos de previsión, se transformaría inmediatamente la faz de la sociedad; y resolvió dar toda ayuda á esta buena obra, hasta donde estuviera en su poder el hacerlo.

En 1850 sólo se abrían por unas pocas horas en cada semana los bancos de ahorros, En Huddersfield, donde en salarios se pagaban más de £ 400.000 al año, no tenían los bancos de ahorro después de haber estado establecidos ya hacia más de treinta años, sino un depósito de £ 74.332. En 1850 dirigió Mr. Sikes una carta anónima á los directores del *Leeds Mercury*, á la cual dió después su nombre á petición de ellos mismos. En esa carta recomendaba la formación de Bancos de Ahorros de Peniques en combinación con los institutos de mecánicos y otros parecidos. Con palabras sencillas, pero con hechos abundantes que decían mucho, demostraba cómo los jóvenes y las jóvenes de las clases trabajadoras crecían privados de casi toda oportunidad de formarse hábitos de economía, y de llegar á ser imponentes de los bancos de ahorros.

La carta fué recibida con aprobación general. El directorio de la Unión de los Institutos de Mecánicos del condado de York dióle su cordial aprobación; y se establecieron bancos de peniques en combinación con casi todos los Institutos de Mecánicos del condado de York. El señor Sikes dirigía personalmente uno en Huddersfield; y hasta el presente, ha recibido y vuelto á pagar unas treinta mil libras esterlinas. En realidad, los operarios de Huddersfield, gracias, indudablemente, en gran parte, al ejemplo práctico del señor Sikes, se han hecho muy previsores y económicos, habiendo aumentado sus depósitos en los bancos de ahorros de setenta y cuatro mil libras esterlinas en 1850, á trescientas treinta mil en 1874.

En 1854 publicó Mr. Sikes su excelente folleto las "Buenas Épocas, ó los Bancos de Ahorro y el hogar," á que ya nos hemos referido. El éxito que obtuvo le indujo á fijar su atención en el asunto de los bancos de ahorro en general. Quedo sorprendido al ver que eran completamente inadecuados para

hacer frente á las necesidades del país. Pidió una entrevista á sir Cornewall Lewis, Ministro de Hacienda, y presentó el asunto á su consideración. El Ministro pidió á Mr. Sikes que diera forma en una carta á sus ideas, y algunos meses después apareció un folleto dirigido á sir Cornewall Lewis, titulado "Reformas de los Bancos de Ahorros". Mr. Sikes insistía en que el Gobierno fuera garante de los depósitos que se hiciesen en los bancos de ahorros, pero esto fué negado.

En seguida procedió Mr. Sikes á ventilar la cuestión de los Bancos de Ahorros del Correo. Le molestó ver que no había sido tomada medida alguna por el Parlamento para la mejora de los bancos de ahorros. Muy lejano aparecía el día en que su acariciado deseo sería realizado, el de que los bancos de ahorros llegasen á ser efectivamente el Banco del Pueblo. Pero la hora más obscura precede á la luz del alba. Cuando ya casi había abandonado el propósito de mejorar los bancos de ahorros existentes, se le ocurrió de pronto la idea de que en la Oficina de giros de dinero estaba la verdadera organización que podría hacerse la base de un banco de ahorros popular.

Comunicó su plan en una carta á su amigo el señor Baines, entonces era individuo del Parlamento por Leeds. El plan fué sometido á sir Rowland Hill, quien aprobó el pensamiento, y consideró el proyecto "práctico por lo que concernía al Correo." El plan fué sometido entonces á la consideración de Mr. Gladstone, quien después hizo pasar el proyecto al Parlamento para el establecimiento de los Bancos de ahorros del Correo en todo el país.

Empleando las mismas palabras de Mr. Sikes — cuando profetizaba en la Asociación de las Ciencias Sociales el éxito de los bancos de ahorro del Correo: — "Si el plan se realiza, hará muy pronto una obra gloriosa. En donde quiera que se abra un banco y se reciban depósitos, se despertará hasta cierto punto la confianza propia, y para muchos principiará una vida más noble. Ellos percibirán gradualmente cuán cruel enemigo del operario es la imprevisión, y cuán verdaderos amigos suyos son la economía y la previsión. Bajo su dirección, se

podrán hacer compras para el hogar en los términos más ventajosos — *al contado*; se podrá tomar cualquiera casa que se desee al alquiler más bajo *pagando puntualmente*; y el hogar podrá ser enriquecido con comodidades hasta que llegue á ser disfrutado y apreciado por todos. De esos hogares surgen aquellos que heredan el verdadero espíritu, laboriosidad simpática, economía simpática, y un hogar doméstico simpático. Con la emulación de un buen ejemplo, se esforzarían noblemente en sus días y en su generación para poder poner de lado una parte de sus ingresos. Muchos crudos inviernos y muchas épocas de escasez se pasarían cómodamente sacando del pequeño capital que volvería á ser aumentado en días mejores. Y si el plan era adoptado, teniendo presente que realmente traería á los bancos de ahorros á una distancia de menos de una hora de camino desde el hogar de cada operario del Reino Unido, confío que no es hacerse demasiadas ilusiones el anticipar que daría ayuda en conquistar finalmente las clases industriales del reino para esos hábitos de previsión y abnegación que dan recompensa duradera al individuo, y ayuda material á la seguridad del Estado."

Sin embargo, las clases trabajadoras no han aprovechado por completo las facilidades de ahorrar que les proporcionan los Bancos de Ahorros del Correo. Tomad á Birmingham por ejemplo, en donde los artesanos son de los operarios mejor retribuidos de la ciudad. En las listas de los imponentes en los Bancos de Ahorro del Correo, vemos que los artesanos figuran después de los sirvientes domésticos, después de las mujeres casadas y solteras, y después de los mineros. Sólo constituyen una décima parte de los imponentes, aunque es posible que depositen sus ahorros en algunos otros establecimientos.

Tomad después las relaciones de todo el Reino Unido. De diez mil imponentes en los Bancos de Ahorro del Correo, halamos otra vez que los primeros son los sirvientes domésticos; en seguida, las mujeres, casadas y solteras; después, personas *sin ocupación y ocupación no dada*; en seguida, artesanos, y después los jornaleros, mineros, menstrales, soldados y ma-

rinós, escribientes, modistas y costureras, hombres de profesión y empleados públicos, en el orden dicho. Sin embargo, tenemos que considerar la institución como demasiado nueva aún para que se haya arraigado completamente. Creemos que la generación actual desaparecerá antes que se puedan recoger todos los frutos de los Bancos de Ahorro del Correo.

Los habitantes de Préstón han manifestado una fuerte propensión á economizar sus ganancias durante los últimos años, — más particularmente desde la terminación de la última huelga grande. No hay un pueblo de Inglaterra, exceptuándose quizá á Huddersfield, en que el pueblo se haya manifestado tan previsora y económico. Hace cincuenta años que sólo una persona de cada treinta de la población de Préstón depositaba dinero en los bancos de ahorros; hace veinte años, aumentaron los imponentes de uno en once; y el año pasado aumentaron á uno de cada cinco. En 1834 había sido acumulada la suma de ciento sesenta mil libras esterlinas en el Banco de Ahorros por 5,942 imponentes, y en 1874 han sido acumuladas cuatrocientas setenta y dos mil libras por 14,792 imponentes de una población total de 85,428. ¿Hay otro pueblo ó ciudad que pueda presentar un resultado más satisfactorio de la enseñanza, de la experiencia, y de la prosperidad de los últimos veinte años?

CAPÍTULO IX.

PEQUEÑAS COSAS.

La ordenada satisfacción, toda la tranquilidad que nace del gran conjunto de cosas pequeñas; sobre estos pequeños cuidados de hija, de esposa, ó de amiga, dependen los casi sagrados placeres del hogar doméstico.

HANNAH MORE.

Sabe cuándo has de gastar, cuándo has de guardar, y cuándo has de comprar, y jamás estarás en descubierto.

Aquel que desprecia las cosas pequeñas, perecerá de poco á poco.

ECCLESIASTICO.

El descuido de las pequeñeces es la roca en que se ha estrellado una gran parte de la raza humana. La vida humana consiste de una sucesión de pequeños acontecimientos, cada uno de los cuales tiene relativamente poca importancia, y, sin embargo, la felicidad y el éxito de todo hombre depende de la manera cómo trata estos pequeños acontecimientos. El carácter está cimentado sobre pequeñeces, pequeñeces conducidas bien y honrosamente. El éxito de un hombre en los negocios, depende de su atención á los pequeños detalles. La comodidad de un hogar es resultado del arreglo bien entendido de las cosas pequeñas. Un buen gobierno sólo puede efectuarse del mismo modo, con medidas bien dirigidas para la ejecución de las pequeñeces.